



El aporte del pensamiento de Karl Polanyi a la cuestión ambiental¹

Federico Zuberman

Instituto del Conurbano – Área de Ecología
Universidad Nacional de General Sarmiento
J.M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines, Pcia. de Buenos Aires - CP 1613
fzuberma@ungs.edu.ar

Fecha de recepción: 18/12/2012. Fecha de aceptación: 11/12/13

Resumen

Gran parte de la literatura referida a la historia del pensamiento económico y al vínculo específico entre economía y naturaleza, traza un recorrido histórico que va desde las primeras discusiones entre las escuelas precursoras de la economía moderna, los economistas clásicos y algunos críticos no economistas -provenientes de las ciencias naturales y actualmente postulados como precursores de la economía ecológica-, para luego arribar a la contemporánea discusión entre economistas ambientales de raíz neoclásica y los denominados economistas ecológicos. Sin embargo, hasta el momento son contados autores los que destacan el rol de la obra de Karl Polanyi en ese recorrido. El objetivo de este trabajo es resaltar que el pensamiento de Karl Polanyi es notablemente provechoso a la hora de pensar el vínculo entre sociedad, economía y naturaleza. Recuperar la obra de Polanyi, la idea de economía como proceso institucionalizado, su alegato inapelable contra la posibilidad de una economía autoregulada por el mercado, la potencialidad destructora de las mercancías ficticias y el peligro de la economía desincrustada, puede resultar de gran utilidad en el análisis de la actual crisis ecológica y sobre todo en la necesidad de constituir una democracia global que afronte estos problemas.

Palabras Clave: Escuela Sustantivista, Economía Ecológica, Ecosocialismo, Historia del pensamiento económico ambiental

Abstract

Most of the literature on the history of economic thought, particularly its specific link between economy and nature, traces a historical path that goes from early discussions among precursory schools of modern economics, classical economists and some non-economist critics (thinkers belonging to the natural sciences and currently considered ecological economics forerunners) to current debates between neoclassical environmental economists and the so called ecological economists. However, to date, very few authors have stressed the importance of Polanyi's contributions. The aim of this paper is to stress the fact that Karl Polanyi's approach constitutes a highly relevant tool to discuss the relationship between society, economics and nature. In light of the present ecological crisis analysis, it might turn out vital to resort to Polanyi's influential framework: his idea about economy viewed as an instituted process, the dangers of a disembedded economy, the destructive potential of fictitious commodities, his final argument against a self-regulated market economy, with the aim of building a global democracy capable of addressing these challenges.

Key words: Substantive economics, Ecological Economics, Ecosocialism, History of Economic Environmental Thought

JEL Codes: B24, B31, B59, Q01, Q56

¹ Este trabajo es una versión ampliada y mejorada de uno de igual título presentado por el mismo autor en la XII International Karl Polanyi Conference, durante noviembre del año 2012 en Buenos Aires, Argentina.



1. Introducción

El análisis del vínculo sociedad-economía-naturaleza, es motivo de discusión desde hace un largo tiempo (Podolinsky 2004; Kapp, 2006; Odum 1971). Este debate, abordado por distintas escuelas del pensamiento económico y ambiental, viene atravesado no solo por las técnicas, posibilidades y modos de valoración de los impactos ambientales en la economía sino por una profunda discusión sobre el concepto de desarrollo (Escobar 2002a; Martínez Alier 2009). Actualmente es posible establecer dos enfoques preponderantes en esta cuestión: el de la Economía Ambiental, de raíz neoclásica y dispuesta a valorar los recursos naturales y las externalidades a través de mecanismos de mercado, y el de la Economía Ecológica, la cual entiende que la Economía es un sistema abierto dentro de un sistema más amplio -el mundo natural- y por lo tanto considera que deben utilizarse otros mecanismos de valoración aparte de los crematísticos. En esta última confluye un amplio y heterogéneo número de investigadores y pensadores que entienden de una manera crítica la relación economía-sociedad-naturaleza reconociendo que en dicha relación se dan distintas relaciones de poder, de desigualdad y de dominación, siempre cargadas de conflicto. Además del desarrollo de líneas de investigación con estas perspectivas críticas, uno de los grandes aportes que se ha hecho desde la Economía Ecológica, fue el de rastrear el recorrido histórico del pensamiento económico ambiental. Sin embargo, en la reconstrucción de ese recorrido, donde se ponen en consideración los distintos aportes que se han hecho a la conformación de un pensamiento económico ecológico, son contados los autores que mencionan el rol de la obra de Karl Polanyi. El objetivo de este trabajo no es simplemente introducir a Polanyi entre ese posible canon de precursores de la Economía Ecológica sino fundamentalmente resaltar que su pensamiento es notablemente provechoso a la hora de pensar el vínculo entre sociedad, economía y naturaleza. La idea de economía como proceso institucionalizado, su alegato

inapelable contra la posibilidad de una economía autoregulada por el mercado, la potencialidad destructora de las mercancías ficticias y el peligro de una economía desincrustada pueden resultar de gran utilidad en el análisis de la actual crisis ecológica y, sobre todo, en la necesidad de constituir una democracia global que afronte estos problemas.

2. La cuestión ambiental

El recrudecimiento del deterioro ecológico global y regional ha despertado el interés sobre la cuestión ambiental, no solo de gran parte de la población en general sino también, de algunas disciplinas y ópticas de pensamiento que tradicionalmente habían sido ajenas a las ciencias del ambiente. Esto se evidencia en una marcada proliferación de trabajos que incluso desde la sociología, la historia, la antropología y la economía hacen foco en diversas cuestiones ambientales. A su vez, desde las ciencias ambientales se ha establecido cierto consenso en que la cuestión ambiental se encuentra estrechamente ligada al sistema económico y social predominante. Es por ello que el tratamiento de la cuestión ambiental nos lleva continuamente desde el tratamiento de las técnicas de valoración de los impactos ambientales a la discusión sobre el sentido de la economía y, particularmente, del paradigma de desarrollo.

En la década de 1970 la cuestión ambiental comenzó a tomar protagonismo a nivel global. Por un lado por los elevados niveles de contaminación que generó la expansión del industrialismo durante los 30 años dorados -a ambos lados de la muralla- y por otro lado porque la posibilidad del agotamiento de recursos planetarios quedó en evidencia, no solamente en las proyecciones del Informe de Meadows, *Los límites del Crecimiento* de 1972, sino también en la crisis del petróleo un año más tarde.

A la vez que estas cuestiones se hacían evidentes, la economía encontró diferentes formas de tratar el problema. Contando con los antecedentes de los trabajos de Arthur



Pigou (1920) y de Ronald Coase (1960), y siguiendo su tradición de análisis a través de fallas de mercado, externalidades y derechos de propiedad, comenzaron a utilizarse distintos instrumentos de valoración monetaria en el manejo de los recursos naturales. Este tipo de valoraciones no eran más que un nuevo apéndice de la Economía Neoclásica denominados Economía Ambiental y Economía de los Recursos Naturales, la cual contó con David Pearce y Robert Solow entre sus máximos referentes. Pero paralelamente a la consolidación de esta corriente, surgió la crítica de Nicholas Georgescu-Roegen, a través de su trabajo más importante, *The Entropy Law and the Economic Process* (Georgescu-Roegen 1971). A partir de allí se comenzó a confrontar con la teoría dominante planteando que el sistema económico se encontraba, en realidad, inmerso en un medio físico y material y, por lo tanto, estaba sujeto a las leyes de la física y de la termodinámica (Martínez Alier 2001). Esto significaba poner de manifiesto que en todo proceso económico los materiales y la energía que ingresan en el circuito salen con mayores niveles de entropía, es decir, de menor utilidad. El trabajo de Georgescu-Roegen demostraba además que la sustitución perfecta de los factores que proponía la función de producción neoclásica no era de ningún modo posible pues los recursos que provee el planeta son finitos, la capacidad de la biósfera como sumidero de los residuos es limitada y los procesos de transformación pueden en muchos casos resultar irreversibles (Hernández Cervantes 2008).

3. Un recorrido a los orígenes del pensamiento económico ambiental

La crítica de Georgescu-Roegen fue el puntapié inicial para esta línea de pensamiento e investigación denominada Economía Ecológica. Desde su surgimiento la Economía Ecológica se ha dedicado a diseñar instrumentos de valoración y gestión de los recursos naturales que incorporasen otras dimensiones y tengan en cuenta otros lenguajes de valoración (Martínez Alier 2009).

Sin embargo, su actividad no se limitó únicamente a desarrollar interesantes indicadores o nuevos métodos de valoración. Uno de los más valiosos aportes que ha realizado ha sido el de contribuir a revisar y a repensar los orígenes y la evolución del pensamiento económico en su vertiente ambiental, cuestión que hasta ese momento había sido (y muchas veces sigue siendo) ignorada entre quienes se han dedicado a la historia del pensamiento económico. Algunos de los trabajos más importantes en ese sentido son los de José Manuel Naredo y los de Joan Martínez Alier (Naredo 1996; Martínez Alier 1995). Es sobre todo, a partir de estos muy influyentes trabajos que se ha podido trazar un recorrido que hoy se encuentra bastante generalizado entre los autores especializados en el vínculo economía-naturaleza. (Ramos Gorostiza 2005)

En este recorrido son varios los autores que proponen como punto de partida el rescate de los fisiócratas franceses del siglo XVII. Esta escuela, liderada por Francis Quesnay, entendía que la actividad central de la economía era la agricultura, pues era la única actividad que en efecto arrojaba un producto neto, relegando a la manufactura y al comercio al simple hecho de transformar y distribuir lo que ya había sido generado. Se infiere desde esta visión que la actividad económica se sustentaba fundamentalmente en el poder creador de la Naturaleza. Autores como Naredo entienden que se debe a los fisiócratas la idea del circuito económico como un carrusel de producción, consumo y crecimiento, y reivindica esa visión organicista del mundo físico, asociando, al menos, la idea de crecimiento económico con crecimiento físico. Según la definición del propio Quesnay, el objetivo de la economía era “acrecentar las riquezas renacientes sin menoscabo de los bienes de fondo”², es decir de manera sostenible. Plantea Naredo que a partir de allí, la ciencia económica continuó asumiendo acríticamente las ideas de producción y crecimiento como premisas

² Citado por Naredo (2004:87) de Quesnay, F. (1758). *Tableau économique*. Reedición facsímil de la British Economic Association, Londres 1894



indiscutibles en la marcha hacia el progreso, olvidando el contexto y los matices originales propuestos (Naredo 2004).

Con el desarrollo del pensamiento económico durante el período de los economistas clásicos la preocupación por la Naturaleza y el medio físico comenzaría a ser relegada. La discusión entre éstos pasaba únicamente por los límites físicos del crecimiento económico y no como una reflexión acerca del lugar de la naturaleza en la economía, muy pocas veces considerada de manera explícita. El pensamiento de David Ricardo, por ejemplo, si bien permitió gran parte de los desarrollos metodológicos contemporáneos de la economía ambiental, construyó un marco teórico partiendo del supuesto por el cual la tierra era considerada solamente un factor de producción, definido además como indestructible, inagotable y de oferta fija. La cuestión del límite al crecimiento, se puede observar también en la formulación de la ley de rendimientos decrecientes, pero no fue más que un guiño al papel que ocupara el sustrato natural en la economía.

Los economistas llamados neoclásicos terminaron de vaciar definitivamente la idea de sustento natural de la economía que los fisiócratas habían planteado. La economía pasó a ocuparse únicamente de los bienes y servicios apropiables, valorables crematísticamente, producibles e intercambiables, y dado que en el razonamiento de los análisis marginalistas tanto la tierra como el trabajo eran sustituibles por capital se terminó de consolidar esa abstracción (luego negación) del ambiente físico.

La visión de Karl Marx sobre la naturaleza y el sistema económico aún es objeto de discordia (Tagliavini y Sabbatella 2012). Si bien sus ideas no eran ajenas a ese imaginario en el que progreso significaba crecimiento ilimitado, desarrollo económico y emancipación de los límites que imponía la naturaleza, su crítica al sistema capitalista sentó las bases teóricas de lo que posteriormente sería el análisis del metabolismo social (Fischer-Kowalski y Haberl 2007). Según Martínez Alier (2003),

Marx y Engels tenían un interés profundo por las relaciones entre la economía humana y el medio natural, en especial en lo que respecta a la agricultura. De hecho, el concepto de metabolismo (*Stoffwechsel*) retomado por Schmidt (1976), es una muestra de ello. Sin embargo, a la par de estos argumentos que deslizan una interesante percepción ecológica en Marx, es bien conocido el cuestionamiento acerca de su negativa respuesta a la tesis de Sergei Podolinsky. Éste, planteó por escrito a Marx que la economía se desenvolvía en un sistema abierto con intercambio de energía de distintos niveles y que era necesario estudiar (Podolinsky 2004). Al descartar la posibilidad de profundizar en ese camino, tanto Marx, como los posteriores marxistas centraron sus análisis en las relaciones capital/trabajo relegando el estudio del vínculo capital/naturaleza.

Es importante destacar que en los últimos años ha habido una notable proliferación de trabajos que rescatan la óptica ecológica que puede desprenderse de aquellos textos de Marx y que podrían haber sido la base para una línea de pensamiento “eco-socialista” que recién ahora parece estar conformándose definitivamente. Algunos autores a través de revisar las bases materialistas de su pensamiento filosófico (Schmidt 1976; Bellamy Foster 2005), otros a través de la crítica al capitalismo, a la imposibilidad concreta de acumulación y reproducción ilimitada en un planeta finito, centrando el análisis en categorías marxistas tales como las condiciones generales de la producción (O'Connor 2001), otros centrados en el análisis político de las estructuras de poder que genera el capitalismo (Alvater y Mahnkopf 2002) y otros creando nuevas categorías dentro del marxismo que den cuenta de la dimensión espacial en la expansión del capital (Harvey 2004) han intentado, desde la tradición marxista, marcar una línea ecológica dentro del pensamiento económico.

Paralelamente a aquellos pensadores de la Economía Clásica hubo quienes cuestionaron esta idea de pensar a la economía como un circuito cerrado sin considerar el medio físico



en el cual se desarrolla. Se ha mencionado el interés de Podolinsky en asociar el circuito económico con un modelo de flujos de energía. Vernadsky, cuarenta años después del trabajo de Podolinsky, pareció continuar su camino (Vernadsky 1997). El químico inglés Frederick Soddy, años después de recibir en 1921 el premio Nobel por sus investigaciones en química radiactiva y su trabajo con isótopos, se abocó a asuntos económicos y sociales llegando a cuestionar la separación del ciclo financiero de su sustento material y energético real (Soddy 1933). Patrick Geddes, urbanista y biólogo, también se posicionó en contra de pensar un sistema económico sin tener en cuenta sus balances de materia y energía (Geddes 1885). Alfred Lotka se dedicó a pensar de qué manera el consumo de las sociedades tienen una importancia energética y material, distinguiendo entre un consumo endosomático (equitativo para la especie) y uno exosomático (profundamente desigual entre individuos de distintos grupos sociales) (Lotka 1925). Estos pensadores, que curiosamente no eran economistas, hoy son considerados como los precursores de la Economía Ecológica.

4. El aporte de Karl Polanyi

Es llamativo que en este recorrido del pensamiento económico donde se mencionan numerosos precursores de una visión ecológica de la economía no se le de relevancia (e incluso en la mayoría de los casos ni siquiera es mencionado) a la obra de Karl Polanyi. El objetivo de este trabajo es llamar la atención en este punto: resaltar su rol en la historia del pensamiento económico y en el vínculo entre sociedad, economía y naturaleza. Además, remarcar que puede resultar muy útil rescatar el aporte de su visión crítica al analizar la cuestión ambiental contemporánea.

Su obra no fue apenas otra crítica más a la economía de mercado. Ni tampoco se redujo exclusivamente a una “relativización de las categorías de la ciencia económica” y “a su aplicación indiscriminada en el espacio y en el tiempo” (Naredo, 1996:444) como se suele

decir. Por el contrario, su crítica, teórica y empírica, a la idea de una sociedad autorregulada por una economía de mercado estuvo acompañada de una marcada y consistente crítica a la modernidad, a la sociedad industrial, a la indiscutida idea de crecimiento como progreso y desarrollo e incluso a la idea absurda de un conocimiento irreflexivo y atomizado como a veces se sigue proponiendo en la actualidad (Lisboa 2008). Vale decir que así como él mismo sostenía la imposibilidad de separar el trabajo de las otras actividades de la vida, las ideas que se han manifestado en su trabajo no estuvieron separadas de una profunda sensibilidad por la naturaleza. Polanyi no necesitó ser físico, biólogo o químico, como aquellos llamados precursores de la Economía Ecológica, para darse cuenta y afirmar que “el problema del sustento material del hombre debe ser considerado en su totalidad” para “ensanchar nuestra libertad de modificaciones creativas y mejorar nuestras posibilidades de supervivencia” (Polanyi 1994:25). La afirmación, que parece haber sido hecha en plena crisis ecológica del siglo XXI, pertenece al encabezado de su obra póstuma “El sustento del Hombre” (Polanyi 1994). Esto implica, como se verá, que en su visión de la economía, aun con el protagonismo que le asignara a la antropología y a las instituciones culturales que crean las sociedades, hay una clara idea de materialidad y del sustrato físico-natural en el que se desenvuelve la economía.

5. El sustrato físico y material en su concepción de la Economía

Comenzando entonces por su concepción de la economía, él mismo la resume “como el proceso instituido de interacción entre el hombre y su medio ambiente que tiene como consecuencia un continuo abastecimiento de los medios materiales que necesitan ser satisfechos. La satisfacción de la necesidad es *material* si implica la utilización de medios materiales para satisfacer los fines; en el caso de un concreto tipo de necesidades fisiológicas, como la comida o el abrigo, sólo incluye el uso de los llamados servicios. El



sistema económico es, pues un proceso institucionalizado” (Polanyi 1976:160). Al definir de esta manera el sistema económico está reconociendo que en tanto proceso, es decir, movimiento de elementos que circulan, el sistema está cargado de materialidad. Pero aclara que “ese proceso económico no posee toda su versátil realidad si se reduce a una interacción mecánica, biológica y psicológica de elementos.(...) De ahí la transcendental importancia del aspecto institucional de la economía” (Polanyi 1976:161)

Esta noción de la economía que fue definida como “substantiva” difiere de la “formal” que ha seguido la tradición clásica y neoclásica. La economía formal se refiere a la conocida y muy utilizada definición en la que se plantea que la cuestión económica solo se da en una situación de elección ante la insuficiencia de los medios, a lo que también se agrega la universalidad de la escasez de todos los medios, también denominado postulado de la escasez. Pero, además de este mecanismo “racional” de elección, señala Polanyi, la aplicación de la economía formal se aboca a un sistema económico concreto: el sistema de mercado. “Fuera del sistema de precios formados por el mercado, el análisis económico pierde la mayor parte de su relevancia como método de investigación del funcionamiento del sistema económico” (Polanyi 1976:160). Por lo tanto aquí se advierte una de las grandes diferencias no solo con los seguidores de la tradición clásica y neoclásica sino también con muchos críticos de esta. Si Naredo le adjudica a los fisiócratas la virtud de “tratar de conciliar sus reflexiones sobre los valores venales o pecuniarios, con esa *economía de la naturaleza* que extendía su objeto de estudio a toda la biósfera y sus recursos” (Naredo 2004:87), Polanyi, por el contrario, les endilga haber construido esa noción de economía formal. Como se señaló anteriormente, Naredo lamenta que luego de esa “síntesis audaz entre crematología y economía de la naturaleza”, que imprimió la escuela fisiócrata francesa, la ciencia económica se haya despegado de esa fuerte idea de materialidad, de valorización de la naturaleza, de asociación entre crecimiento económico y

crecimiento físico, continuando acríticamente las ideas de producción y crecimiento como premisas indiscutibles en la marcha hacia el progreso. En este punto hay una notable coincidencia entre ambos. Tanto Naredo como Polanyi coinciden en que en la medida que la economía se consolidó como disciplina científica sufrió un doble dislocamiento (Lisboa 2008). Por un lado, el desprendimiento de las consideraciones éticas o, más en rigor, morales. En términos del propio Malthus “¿Por qué no dirigir nuestra ambición hacia la riqueza si la virtud es la riqueza?”³. Y por otro lado, este desentendimiento del trasfondo físico-natural, que la llevó a ocuparse únicamente de los valores de cambio exclusivamente a través de un sistema contable. Sin embargo lo que cuestiona Polanyi es que “Ni Quesnay ni Smith intentaron establecer la economía como un ámbito de la existencia social que trasciende el mercado, el dinero o los precios, y cuando lo hicieron fracasaron en el intento” (Polanyi 1994:79). La cuestión central es entonces la falaz identificación de los “fenómenos económicos” con los “fenómenos de mercado”. Para Polanyi, esa economía del *produit net* de Quesnay, era “un simple fantasma en el proceso entre el hombre y la naturaleza, del cual la economía es (apenas) un aspecto. El supuesto excedente, cuya creación él atribuía al suelo y a las fuerzas de la naturaleza, no era más que una transferencia al “Orden de la Naturaleza” de la disparidad que se espera que muestre el precio de venta contra el de coste.” De forma resumida: “El montaje de la idea de excedente fue simplemente la proyección del modelo de mercado sobre un aspecto más amplio de la existencia: la economía” (Polanyi 1994:80). Asimismo, reforzando su cuestionamiento al pensamiento de la economía clásica, agrega que ese *produit net* de los fisiócratas también fue el padre de la plusvalía de Marx y sus derivados.

Por lo tanto, para esta visión substantiva de la economía, no basta con cuestionar la idea de

³ Citado por Naredo (2004) pág 85 de Malthus T. R. (1920). *Principles of Political Economy Considered with a View to their Practical Application*, Londres. Traducción: México: FCE, 1946. p29



que el circuito de la economía se encuentra en un sistema abierto con flujo de materiales y energía como proponen algunos manuales, si ese circuito que representa el sistema económico está considerando únicamente la economía de mercado. Para Polanyi, el significado sustantivo de ese proceso institucionalizado que es la economía “deriva de la dependencia del hombre, para su subsistencia, de la naturaleza y de sus semejantes. Se refiere al intercambio con el medio ambiente natural y social, en la medida en que este intercambio tiene como resultado proporcionarle medios para su necesaria satisfacción material.” (Polanyi 1976:155). Es decir que además de considerar que el circuito económico es un sistema abierto con un flujo de materiales y energía que funciona dentro de un sistema más amplio que es la naturaleza, hay que considerar que se encuentra inmerso en un sistema social, en el cual existen *otras economías* (Cattani 2004) que además de ser viables y realmente existentes resultan contrahegemónicas (Santos 2002). Para ser más precisos, hay otras prácticas económicas, además de las que se dan en el mercado, que son regidas por otros principios de integración social de la economía, tales como la redistribución, la reciprocidad, la autarquía y el intercambio⁴. (Coraggio 2009; 2011)

6. La clave de las mercancías ficticias

La crítica a la noción de economía formal y a la errónea identificación de economía con economía de mercado no se agota aquí. En 1944 Polanyi publicaría lo que probablemente haya sido su obra más importante: *La Gran Transformación*. Allí expondría detalladamente, a través de fundamentos teóricos y empíricos, su crítica a la utópica idea de concebir una economía autorregulada por el mercado. La cuestión, como se verá, no es únicamente el hecho de no ver *otra economía* más allá de la economía de mercado. En el Capítulo 6 de esta obra

introducirá un elemento clave que mucho tiene que ver con su clara visión ecológica de la economía: las *mercancías ficticias*. “Una economía de mercado -explica- es un sistema económico regido, regulado y orientado únicamente por los mercados” (Polanyi 1989:122). Es decir que “la tarea de asegurar el orden en la producción y la distribución de bienes es confiada (exclusivamente) a ese mecanismo autorregulador” (Polanyi 1989:122). Esa autorregulación implicaría que toda la producción se destinara a su venta en el mercado y que, análogamente, de allí provengan todos los ingresos. En este sistema, la producción y la distribución de bienes y servicios serían reguladas por los mecanismos de oferta y demanda de esas mercancías. El concepto de mercancía constituye entonces, el mecanismo del mercado que, a través de los precios, permite articular los procesos de la producción industrial.

Ahora bien, por definición, una mercancía es un objeto producido para su venta en el mercado. Pero si cada elemento necesario para la producción debe estar necesariamente regulado por un mercado que asigne estos precios, el trabajo, la tierra y el dinero, componentes esenciales en la economía productiva, deberían estar organizados en mercados. Así, tal como lo narra Polanyi en esta obra, el desarrollo del capitalismo desde el siglo XV, generó mercados para todos los elementos de la industria, incluidos el trabajo, la tierra y el dinero. Pero, si “el trabajo no es ni más ni menos que los propios seres humanos que forman la sociedad y la tierra no es más que el medio natural en el que cada sociedad existe, incluir al trabajo y a la tierra entre los mecanismos del mercado supone subordinar a las leyes del mercado la sustancia misma de la sociedad” (Polanyi 1989:126). Y si, en efecto, nos atenemos a la definición de mercancía brindada anteriormente, ni el trabajo, ni la tierra, ni el dinero podrían ser considerados mercancías pues no han sido producidos para su venta en el mercado. De ahí, que Polanyi los haya caracterizado como *mercancías ficticias*.

⁴ Para un interesante debate sobre el alcance del mercado en la construcción de *otra economía* se recomienda un diálogo entre Alain Caillé y Jean Louis Laville editados en Coraggio 2009



Si William Petty, ya en el siglo XVII, consideraba que el trabajo era el padre de la riqueza y la tierra la madre, es evidente que entre los economistas -incluidos los críticos marxistas-, el análisis se centró en el padre y no en la madre. Polanyi, por el contrario, tuvo reparo en ambos. El trabajo, puntualiza Polanyi, “no es más que la actividad económica que acompaña a la propia vida -la cual, por su parte, no ha sido producida en función de la venta, sino por razones totalmente distintas-, y esta actividad tampoco puede ser desgajada del resto de la vida, ni puede ser almacenada o puesta en circulación. La tierra por su parte es, bajo otra denominación, la misma naturaleza que no es producida (ni siquiera) por el hombre” (Polanyi 1989:128). La marcada sensibilidad demostrada por Polanyi por los problemas que el avance de la economía de mercado (capitalista) y la moderna sociedad industrial le generaban al planeta se ve reflejada en que identificó claramente y se ocupó de detallar las amenazas que representaba el trato como mercancía de sendos casos. Vale la pena repasar textualmente el siguiente párrafo del citado capítulo: “La pretendida mercancía denominada fuerza de trabajo no puede ser zarandeada, utilizada sin ton ni son, o incluso ser inutilizada, sin que se vean inevitablemente afectados los individuos humanos portadores de esta mercancía peculiar. Al disponer de la fuerza de trabajo de un hombre, el sistema pretende disponer de la entidad física, psicológica y moral humana que está ligada a esta fuerza. Desprovistos de la protectora cobertura de las instituciones culturales, los seres humanos perecerían, al ser abandonados en la sociedad: morirían convirtiéndose en víctimas de una desorganización social aguda, serían eliminados por el vicio, la perversión, el crimen y la inanición. La naturaleza se vería reducida a sus elementos, el entorno natural y los paisajes serían saqueados, los ríos polucionados, la seguridad militar comprometida, el poder de producir alimentos y materias primas destruido. Y, para terminar, la administración del poder adquisitivo por el mercado sometería a las empresas comerciales a liquidaciones periódicas, pues la alternancia de la penuria y de la

superabundancia de dinero se mostraría tan desastrosa para el comercio como lo fueron las inundaciones y los períodos de sequía para la sociedad primitiva.” (Polanyi 1989:129).

Entre otras virtudes, el mérito de la obra de Polanyi fue saber construir su marco teórico con los aportes empíricos brindados por los estudios de la historia y la antropología pero sin dejar de reflexionar sobre los acontecimientos propios de su época (Coraggio 2012; Rendueles 2004). Esto es lo que tal vez nos permite encontrar en sus escritos una constante sensación de anticipación. En ese sentido la profunda descripción que se hace en *La Gran Transformación* sobre el proceso de mercantilización del trabajo y la tierra entre los siglos XVI y XIX no se reduce a un simple relato cronológico sobre los cercamientos, *enclosures* y *conversions*, o la abolición de las leyes de *Spenhemland*. Por el contrario, se refiere más ampliamente a la necesidad constante del “credo liberal” de incorporar al mecanismo del mercado autorregulador todo lo que esté a su alcance. Si nos remitimos a nuestros tiempos, el proyecto neoliberal -que desde las últimas décadas del siglo XX no ha hecho otra cosa que intentar expandir continuamente el sistema de libre mercado y con él la mercantilización del ser humano y de la naturaleza- nos confirma que aquel “molino satánico” al que hacía alusión Polanyi está pleno de contemporaneidad.

Para ilustrar este “molino satánico” del siglo XXI no hace falta atenerse estrictamente a los antiguos parcelamientos de tierras comunales. Por supuesto aquel proceso esencial en la génesis del capitalismo aún hoy perdura. En toda América Latina, desde el Ejido mexicano, hasta los Andes Centrales, pasando por la Selva Amazónica existen numerosas comunidades campesinas, indígenas o de descendientes de esclavos africanos presionados por el agronegocio o por proyectos extractivistas que los sitúan permanentemente bajo la mira de nuevos parcelamientos individuales, negando la posibilidad de la existencia de otras economías no mercantiles. Pero la novedad del siglo XXI pasa por generar mercancías a



partir de cualquier servicio que la naturaleza pueda ofrecer. Recordemos que Polanyi aclara que aquello que denominamos tierra “es un elemento de la naturaleza inexorablemente entrelazado con las instituciones del hombre” y que “la función económica no es más que una de las numerosas funciones vitales de la tierra” (Polanyi 1989:289). En ese sentido, nos encontramos en un proceso en el que no es solo la tierra sino esas funciones vitales de la tierra las que están en la mira de ser mercantilizadas. Las actuales políticas de cambio climático y reducción de emisión de gases no proponen otra cosa que conformar un mercado global de carbono. Parecieran estar parcelando ahora la atmósfera en lugar de la tierra, estableciendo derechos de emisiones que pueden ser transables entre distintos países e incluso distintas empresas. El mismo camino parece seguir el agua dulce. En la medida en que se advierte su posible escasez, tanto en el suministro como en los derechos de vertido, en lugar de garantizar el acceso, tal como debiera corresponder para un elemento esencial para la vida de todos, se opta por una falaz democratización a través de la asignación de precios de mercado⁵. Es para destacar lo profundo que ha calado este “credo liberal” del que hablaba Polanyi que hasta los propios ecólogos llegan a justificar la posibilidad de que los servicios ambientales coticen en mercados formales. La Sociedad Norteamericana de Ecología, publicó en uno de sus *Issues in Ecology* que de esta manera no solo aumentaría el cuidado y la protección sobre los mismos sino que además el sistema de precios alertaría a la sociedad sobre cambios en el abastecimiento o sobre el deterioro de los sistemas ecológicos que los generan (Daily et al 1997). Un capítulo aparte merecería la biopiratería y la aplicación de patentes a las nuevas variedades de semillas. Se pretende establecer derechos de propiedad no solo a costa del trabajo de selección de genotipos que han llevado a cabo distintas comunidades indígenas durante varios siglos,

sino apropiándose de la propia vida de nuevas especies creadas en laboratorios. De igual manera sucede en la industria farmacéutica cuando los laboratorios intentan patentar especies que fueron recientemente encontradas en los rincones más inexplorados del planeta. No sería osado pensar que mercantilizar la vida misma podría corresponder a un grado de ficción cualitativamente superior.

7. Los Contramovimientos

Ahora bien, esta expansión del sistema de mercado, incorporando al hombre y a la naturaleza dentro su órbita, sometiéndolos al libre juego de la oferta y la demanda para ser tratados como mercancías no podría estar exenta de resistencia. Al analizar este punto Polanyi confronta con algunos marxistas distanciándose del análisis de “interés de clases” definido en términos económicos. Si bien reconoce que juegan un papel ineludible en las transformaciones sociales, no proporcionan más que una explicación limitada de los movimientos a largo plazo en la sociedad. Sin embargo esto no implica desentenderse de la cuestión del conflicto. Por el contrario su análisis focaliza en lo que él ha denominado *doble movimiento*. Desde su visión, la dinámica de la sociedad moderna se ve gobernada por un doble movimiento: el del mercado, expandiéndose de un modo continuo, pero acompañado y coexistiendo con un contra-movimiento que controla dicha expansión. En términos explicativos del autor: “Dicho movimiento puede ser definido como la acción de dos principios organizadores en el interior de la sociedad (...). El primero es el principio del liberalismo económico, que tiene por objetivo establecer un mercado autorregulador, que cuenta con el apoyo de las clases comerciantes y que adopta como método principal el librecambio; el segundo es el principio de la protección social, que tiene como objetivo conservar al hombre y a la naturaleza así como a la organización de la producción, que cuenta con el beneplácito de todos aquellos que están directamente afectados por la acción deletérea del mercado”. (Polanyi 1989:219). Vale la pena

⁵ Para una mayor descripción en el caso de la mercantilización del agua ver los trabajos de Aguilera Klink 2008, particularmente el capítulo 2 y Vandana Shiva 2003, particularmente capítulo 4



repasar textualmente la cita para recalcar que cuando el autor se refiere al principio de protección social, incorpora explícitamente la necesidad de la proteger a la naturaleza de los efectos devastadores del sistema de mercado.

Como se ha señalado en el apartado anterior, si desde las últimas décadas del siglo XX el movimiento del mercado se viene expandiendo nuevamente con fuerza hacia cada rincón del planeta, paralelamente son cada vez más los movimientos sociales que actúan en su defensa contra la mercantilización ficticia. Pero no son únicamente los tradicionales sindicatos de obreros o de peones rurales reclamando por condiciones de trabajo dignas o mejoras en el salario. Se trata de un heterogéneo pero numeroso conjunto de movimientos sociales que luchan por una globalización contrahegemónica, como lo define Boaventura de Sousa Santos (Santos y Rodríguez 2007), o por la consolidación de modernidades alternativas y alternativas a la modernidad, como lo define Arturo Escobar (2002b). Activistas antiglobalización, comunidades indígenas, movimientos campesinos u organizaciones de las comunidades locales que en los propios términos que usara Polanyi, son quienes perciben de cerca “los peligros que implica la explotación de la fuerza física de los trabajadores, la destrucción de la vida familiar, la devastación del medio ambiente, la tala de bosques, la polución de los ríos, la descualificación profesional, la ruptura de las tradiciones populares y la degradación general de la existencia, incluidas la vivienda y las artes, así como las innumerables formas de vida privada y pública que no intervengan directamente en la obtención de beneficios.” (Polanyi 1989:219). Autores como Martínez Alier (1995; 2004) han acuñado el término de *Ecologismo Popular* o *Ecologismo de los Pobres*, para hacer referencia a este tipo de resistencias, que nada tiene que ver con cierto ecologismo postmaterialista o *Ecologismo de los Ricos* que no se opone a la mercantilización ficticia de la naturaleza, sino que por el contrario muchas veces hace uso y defiende el privilegio que le da dicha

mercantilización. Pocas veces estos actores se definen como ambientalistas o ecologistas⁶. Sin embargo constantemente se encuentran inmersos en conflictos ambientales, o ecológico distributivos, defendiendo la tierra, los bosques, el agua, el libre acceso a los recursos naturales, el derecho a no explotar determinados recursos, la justicia climática y ambiental, la soberanía alimentaria, la biopiratería, luchando contra la contaminación transfronteriza, la deposición de residuos peligrosos y contra la expansión de las vías intermedias al servicio del extractivismo tales como nuevas autopistas, gasoductos, ferrocarriles de carga, etc. Como vemos, en los textos de Polanyi también podía encontrarse un antecedente de esta posible articulación entre Ecología Política y Economía Ecológica.

8. El desafío de reencastrar la economía

El análisis de Polanyi, escrito en la década de 1940 pero buceando varios siglos en retrospectiva parece, sin embargo, muy actual. En uno de sus artículos vaticinaba: “Nuestra situación actual puede resumirse así: la civilización industrial puede destruir al hombre. Pero como no se puede, no se quiere y no se debería descartar voluntariamente la eventualidad de un ambiente cada vez más artificial, para que el hombre siga viviendo sobre la tierra debe resolverse el problema de adaptar la vida a las exigencias de la existencia humana en dicho contexto. Nadie puede saber por anticipado si esa adaptación es posible o si el hombre perecerá en el intento” (Polanyi 1947). Una frase como esta, que parece ser hecha a medida de los desafíos del siglo que vivimos, nos obliga a colocar la situación crítica que hoy enfrenta el planeta bajo los lentes de Karl Polanyi. Además de dar cuenta de la importancia que se le atribuye al efecto de los distintos sistemas tecnológicos desarrollados por las sociedades, nos indica

⁶ Martínez Alier suele citar muy oportunamente un texto de Hugo Blanco Galdós, dirigente campesino peruano, donde ilustra la paradoja -casi jocosa- en la que muchos activistas defensores de los recursos naturales del Perú jamás responderían afirmativamente a la pregunta de si son ecologistas.



la posibilidad y la necesidad de que las propias sociedades generen transformaciones sobre si mismas.

El carácter global de la crisis ecológica contemporánea plantea la necesidad de resolver estos problemas con urgencia y con decisiones tomadas para ese nivel de escala. Con esta idea es que desde la Cumbre de Estocolmo de 1972, Naciones Unidas ha realizado una serie de Cumbres sobre Medio Ambiente y Desarrollo, con el objetivo de establecer tratados y acordar distintas metas entre los países en pos del “desarrollo sustentable”. Sin embargo el éxito de estas reuniones ha sido relativo. Si bien se ha logrado una mejora en el grado de representatividad de los distintos países que intervienen y cada vez se destinan más recursos y mayores esfuerzos para resolver las cuestiones ambientales, los problemas ambientales no solo que no se resuelven sino que por el contrario se agravan. Las emisiones de gases continúan aumentando, la deforestación aumenta, la disponibilidad de agua es cada vez más restringida, los combustibles fósiles se siguen utilizando cada vez más y la biodiversidad se encuentra cada vez más amenazada.

Si bien, como se mencionó al comienzo, hoy en día es incuestionable el estrecho vínculo que tienen las cuestiones ambientales, las sociales y las económicas, puede objetarse que hay decisiones económicas que terminan teniendo fuerte injerencia en las cuestiones ambientales. La noción de economía como proceso institucionalizado que ha sido descripta anteriormente supone que “la economía humana, (...), está incrustada y enredada en instituciones económicas y no económicas” por lo tanto “La inclusión de lo no económico es vital”. Si cotidianamente se piensa a la economía como una esfera separada de la sociedad no es más que el resultado de un proceso histórico de siglos que el propio Polanyi describe y que ha caracterizado como “la genealogía de una sociedad económica” (Polanyi, 1947). Es decir que las Cumbres sobre Medio Ambiente no son las únicas que trazan los lineamientos en materia ambiental. El crecimiento económico y la expansión de los mercados

suelen ser objetivo de cumbres internacionales de distintos tipos de organismos, los cuales suelen tener incluso menor nivel de representatividad, y por ende de legitimidad, que las mencionadas cumbres de la tierra. Cumbres como las de la Organización Mundial del Comercio (OMC), las recientes y publicitadas reuniones del G20, las secretas reuniones del grupo Bilderberg o las recomendaciones (e imposiciones) del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI) son las que verdaderamente instalan la agenda pública de la economía mundial y rigen en gran medida lo que ocurre puertas adentro de las economías nacionales. Sucede que, contradictoriamente, estas prescripciones económicas generan tantos o mayores problemas ambientales de los que las cumbres ambientales intentan resolver (Zuberman 2010). Pareciera que los objetivos de colaborar con el crecimiento económico de los países tal como lo argumentan estos organismos debería ser algo incuestionable. Pero proponer mayor crecimiento económico, tal como está planteado hoy, insoslayablemente traerá aparejado mayores niveles de consumo y mayores emisiones, mayor uso de recursos renovables y no renovables, mayor presión sobre los ecosistemas, mayor generación de residuos, etc. (Odum 2001; Latouche 2008). No es por casualidad que la sociedad de mercado sea la única en toda la historia de la humanidad que haya generado una crisis ecológica global poniendo en riesgo la supervivencia de la civilización entera. El trabajo de Polanyi nos muestra que este tipo de sociedad fue la única que ha pretendido imponer “una *esfera económica* nítidamente delimitada de las demás instituciones de la sociedad” donde “en vez de que el sistema económico esté incorporado en las relaciones sociales, son éstas las que ahora están incorporadas en el sistema económico.” (Polanyi 1947). Respetando los términos del autor, se habla entonces de una *sociedad de mercado* con una *economía desincrustada*⁷.

En ese sentido, por más que últimamente estas cumbres y reuniones internacionales

⁷ Del inglés *desembedded*.



han intentado mostrar alguna imagen “verde” y destinarle algunas líneas de sus comunicados al “desarrollo sustentable” y a las generaciones futuras, es claro que sus objetivos no son otros que los del incremento en un nivel de consumo que además de injusto y desigual, e imposible de generalizarlo y sostenerlo en el tiempo. La reciente reunión de Rio+20, con su propuesta de “Economía Verde” no se alejó demasiado de esto. Por el contrario parece haber resucitado las viejas ideas de Coase, proponiendo más mercados, donde aún no los hay, y estableciendo derechos de propiedad para proteger los recursos naturales (Pengue 2012). En términos de Polanyi, esto no solamente significa desconocer los riesgos de una economía desincrustada. Es incluso desconocer la historia de los últimos siglos. El período histórico que le tocó vivir a Karl Polanyi mostró a las claras las consecuencias de largos años de proyecto liberal de mercado autorregulador que implosionó en guerras mundiales y gobiernos totalitarios. En ese sentido, el desafío actual de la cuestión ambiental y el de la cuestión social, parecería ser el mismo: encontrar el camino para volver a reencastar la economía en la sociedad. Pero esta formula no podría, o no debería, aplicarse de manera drástica o automática, reencastrando la economía en esta sociedad de mercado, excluyente, individualista y competitiva (Coraggio 2005). Una interpretación como esa estaría más cerca de conducirnos nuevamente a aquellos proyectos totalitarios de la primera mitad del siglo XX. El horizonte a seguir sería entonces encuadrar los principios económicos bajo un principio ético que tenga como racionalidad la reproducción ampliada de la vida y no la del capital (Hinkelammert y Mora 2005). Pero para que esos principios económicos se encuentren coligados con las respectivas instituciones y prácticas económicas se comprenderá que el proceso implica construir *otra economía*, otros mercados, otros sistemas de redistribución, otros estilos de reproducción, otra relación metabólica entre el hombre y la naturaleza y al mismo tiempo, construir otra cultura, otra subjetividad, y al fin, otra sociedad (Coraggio 2011).

9. Conclusión

Repasar la obra de Karl Polanyi nos ofrece la prueba contundente de que su pensamiento y sus formulaciones teóricas tenían una clara noción de la importancia del sustrato natural en el que se asienta la economía. A partir de allí surgen dos conclusiones importantes. La primera es que su lectura no debería dejarse de lado al pasar revista a aquellos pensadores (economistas o no) que se han dedicado a pensar y a cuestionar la relación sociedad-economía-naturaleza. En ese sentido, su visión crítica del capitalismo supo advertir con mucha claridad y anticipación no solo los problemas ambientales que podrían sobrevenir en una economía de mercado como esta, donde el hombre y la naturaleza quedan atados a ser tratados como mercancías, sino también la respuesta de las sociedades a tales conflictos. Pero, por otro lado, constituye fundamentalmente un aporte para pensar de qué manera o bajo qué condiciones se pueden hacer frente a los desafíos que nos plantea el siglo XXI. Las ideas de Polanyi nos podrían indicar dos caminos importantes: en principio, reconocer que el mercado es tan solo uno de los posibles principios organizadores y reguladores de la producción y la reproducción material, pero no el único, y en esos otros principios se encuentran algunas de las claves necesarias y, a su vez, en un orden de mayor generalidad, reencastrando la economía como una esfera delimitada, integrante de, y gobernada por la sociedad, en pos de un futuro más justo y sustentable.

REFERENCIAS

- Aguilera Klink, F. 2008. La Nueva Economía del Agua. Ed. Los libros de la Catarata. Madrid
- Alvater, E. y Brigitte M. 2002. Las limitaciones de la Globalización. Economía, Ecología y Política de la globalización. Siglo XXI editores. México
- Bellamy Foster, J. 2005. A Ecologia de Marx. Materialismo e natureza. Civilização Brasileira. Rio de Janeiro.
- Cattani, A. D.(org.) 2004. La Otra Economía. Editorial Altamira-UNGS-OSDE.



Coase, R.H. 1960. The problem of Social Cost. *Journal of Law and Economics*. Vol. 3:1-44. University of Chicago Press

Coraggio, J.L. 2005. ¿Es posible otra economía sin (otra) política? Versión revisada de la ponencia presentada en II Congreso Nacional de Sociología, VI Jornadas de Sociología de la UBA, Pre ALAS 2005, Buenos Aires. Disponible en www.coraggioeconomia.org

Coraggio, J.L. (Org) 2009. ¿Qué es lo económico? Materiales para un debate necesario contra el fatalismo, Ciccus, Buenos Aires.

Coraggio, J.L. 2011. Principios, instituciones y prácticas de la Economía Social y Solidaria. En: Coraggio, J. L. Economía social y solidaria. El trabajo antes que el capital. Abya Yala Ediciones. Quito.

Coraggio, J.L. 2012. Karl Polanyi y la otra economía en América Latina. En Karl Polanyi. Textos Escogidos. CLACSO-UNGS.

Daily, G.C., S. Alexander, P. R. Ehrlich, L. Goulder, J. Lubchenco, P. A. Matson, H. A. Mooney, S. Postel, S. H. Schneider, D. Tilman y G. M. Woodwell. 1997. Servicios de los Ecosistemas: Beneficios que la Sociedad Recibe de los Ecosistemas Naturales. *Tópicos en Ecología*. Nº 2 Primavera 1997. (Versión traducida al español del *Issues in Ecology*. Ecological Society of America)

Escobar, A. 2002a. Mundos y conocimientos de otro modo. CEISAL, ed. 2002. Cruzando Fronteras en América Latina. CEDLA. Amsterdam.

Escobar, A. 2002b. Globalización, Desarrollo y Modernidad. Corporación Región, ed. Planeación, Participación y Desarrollo. pág. 9-32. Medellín.

Fischer-Kowalski, M. and H. Haberl. 1998. Sustainable development: socio-economic metabolism and colonization of nature. *International Social Science Journal*, 50:573-587.

Geddes, P. 1885. *An analysis of the Principles of Economics*. Williams & Norgate. London

Georgescu-Roegen, N. 1971. The entropy law and the economic process. Harvard University press, Cambridge.

Harvey, D. 2004. El "nuevo" Imperialismo: Acumulación por desposesión. En Panitch, L. y C. Layes (editores) *El Nuevo Desafío Imperial*. Socialist Register. CLACSO

Hernández Cervantes, T. 2008. Breve exposición de las contribuciones de Georgescu Roegen a la economía ecológica y un comentario crítico. Argumentos. *Estudios Críticos de la Sociedad*. Nueva Época, año 21, enero-abril, Nº 56.

Hinkelammert, F. y H. Mora Jiménez. 2005. *Hacia una economía de la vida*. Editorial Departamento Ecueménico de Investigaciones, San José, 2005

Kapp, K.W. 2006. *Los Costes Sociales de la Empresa Privada*. Los Libros de la Catarata. Madrid.

Latouche, S. 2008. La Apuesta por el decrecimiento. ¿Cómo salir del imaginario dominante? Icaria, Barcelona, España

Lisboa, A. de Melo. 2008. A atualidade de Karl Polanyi para a reconstrução do pensamento econômico. *Revista Outra Economia*. Vol. II Nº 3.

Lotka, A. J. 1925. *Elements of Physical Biology*. Williams and Wilkins Co. Baltimore, USA.

Martínez Alier, J. 1995. De la Economía Ecológica al Ecologismo Popular. Icaria/Nordan comunidad, Montevideo.

Martínez Alier, J. y J. Roca Jusmet. 2001. Economía ecológica y política ambiental. FCE. México.

Martínez Alier, J. 2003. Ecología industrial y metabolismo socioeconómico: concepto y evolución histórica. *Economía Industrial*. Nº351/III

Martínez Alier, J. 2004. Los Conflictos Ecológico-Distributivos y los indicadores de sustentabilidad. *Revista Iberoamericana de Economía Ecológica* Vol.1:21-30.

Martínez Alier, J. 2009. Social Metabolism, Ecological Distribution Conflicts, and Languages of Valuation. *Capitalism Nature Socialism*, Vol 20 Nº1 20:58 – 87.

Naredo, J. M. 1987, 2ª ed. 1996. La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas de la ciencia económica. Madrid: Siglo XXI

Naredo, J. M. 2004. La economía en evolución: invento y configuración de la economía en los siglos XVIII y XIX y sus consecuencias actuales. *Manuscripts: revista d'història moderna*. Nº 22. Pag 83-120

Odum, H. T. 1971. *Environment, Power and Society*. Wiley Interscience. NYC, USA

Odum, H. T. and E. C. Odum. 2001. *A prosperous way down: principles and policies*. University press of Colorado, Boulder, Colorado, USA

O' Connor, J. 2001. *Causas Naturales: ensayos sobre marxismo ecológico*. Siglo XXI. México D.F.

Pengue, W. A. 2012. Los desafíos de la economía verde. Oportunismo capitalista o desarrollo sustentable. Ediciones Kaikrón, Buenos Aires.

Pigou, A. C. 1920. *The Economics of Welfare*. Macmillan and Co. 1st Edition. London

Podolinsky, S. 2004. Socialism and The Unity of Physical Forces. *Organization&Environment*, Vol. 17 No. 1:61-75.

Polanyi, K. 1947. Nuestra obsoleta mentalidad de mercado. Publicado originalmente en *Commentary* 13, 109-117. Año 1947.

Polanyi, K. 1976. El sistema económico como proceso institucionalizado. En Godelier, M. (Comp). *Antropología y economía*. Pag 155-178. Anagrama. Barcelona.

Polanyi, K. 1989. *La gran transformación*. Madrid, Ediciones de La Piqueta.



Polanyi, K. 1994. El sustento del hombre. Barcelona, Mondadori, 1994

Ramos Gorostiza, J.L. 2005. Medio Natural y Pensamiento Económico: historia de un reencuentro. Principios. Estudios de Economía Política. N°2:47-70

Rendueles, C. 2004. Karl Polanyi o la humildad de las ciencias sociales. Nexo. Revista de Filosofía. N°2 Año:155-166.

Santos, Boaventura De Sousa. 2002. Produzir para viver. Os Caminhos da produção não capitalista. Civilização Brasileira. Rio de Janeiro.

Santos, Boaventura De Sousa. y C. Rodríguez. 2007. Para ampliar el canon de la producción. Revista Otra Economía. RILESS Vol I- N°1-2007.

Soddy, F. 1933. Money versus man: a statement of the world problem from the standpoint of the new economics. Dutton Co, Michigan, USA.

Schmidt, A. 1976. El concepto de naturaleza en Marx. Siglo XXI.

Shiva, V. 2003. Las Guerras del Agua. Privatización, Contaminación y Lucro, México, Siglo XXI.

Tagliavini, D. e I. Sabbatella. 2012. La expansión capitalista sobre la tierra en todas las direcciones. Aportes del Marxismo Ecológico. Revista Theomai. N° 26. 2º semestre.

Verndasky, V. 1997. La Biósfera Fundación Argentaria-Visor. Madrid, España.

Zuberman, F. 2010. La obsoleta mentalidad de crecimiento del G20. Revista Otra Economía/Riless. N°6